



**PLUMA Y LAPIZ**

**Número 139**



## CONCURSO HÍPICO INTERNACIONAL y Exposición Equina

HACE bastante tiempo, el intrépido é inteligente *sportmen* M. Langlois du Feu, explicaba en una reunión de amigos los grandes atractivos y alicientes de los concursos hípicos, recientemente implantados en Europa, aun cuando no tanto como en España, y ponderaba los resultados que para el fomento de la raza caballar, educación de jinetes y amaestramiento de caballos, se obtienen con tales espectáculos, que reunen el *utili et dulci* tan ponderado y que tan escasamente se encuentra en la mayoría

de las fiestas que se disponen en los tiempos presentes. Entusiasta por los tales concursos, buscó la manera de organizarlos en nuestro país, sin encontrar, desgraciadamente, quien secundase sus levantados ideales.

Algo después, mucho bueno y aceptable debió ver en los concursos hípicos el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, cuando deseosa tan simpática asociación de dar movimiento á la vida social de Barcelona y contribuir al progreso de rama tan íntimamente relacionada con los fines que el Instituto persigue, como la caballar, se lanzó el año pasado á la tarea nada fácil de organizar el primero que habría de celebrarse en la Ciudad Condal, procurándose subvenciones, alentando á los indiferentes, entusiasmando á los propicios y realizando en suma una labor fatigosa por lo complicada y de dudosos resultados por la multiplicidad de elementos que había de sumar para lleva á feliz término la idea acariciada.



PREPARÁNDOSE PARA LA PRUEBA

se realizó el Concurso, y el brillante resultado que obtuvo fué la base primera para intentar la aclimatación de esta fiesta, que si bien resulta exótica, puede amoldarse á nuestras costumbres y proporcionar beneficiosos resultados.

Suprimidas desde hace muchos años las carreras en el Hipódromo por cau-



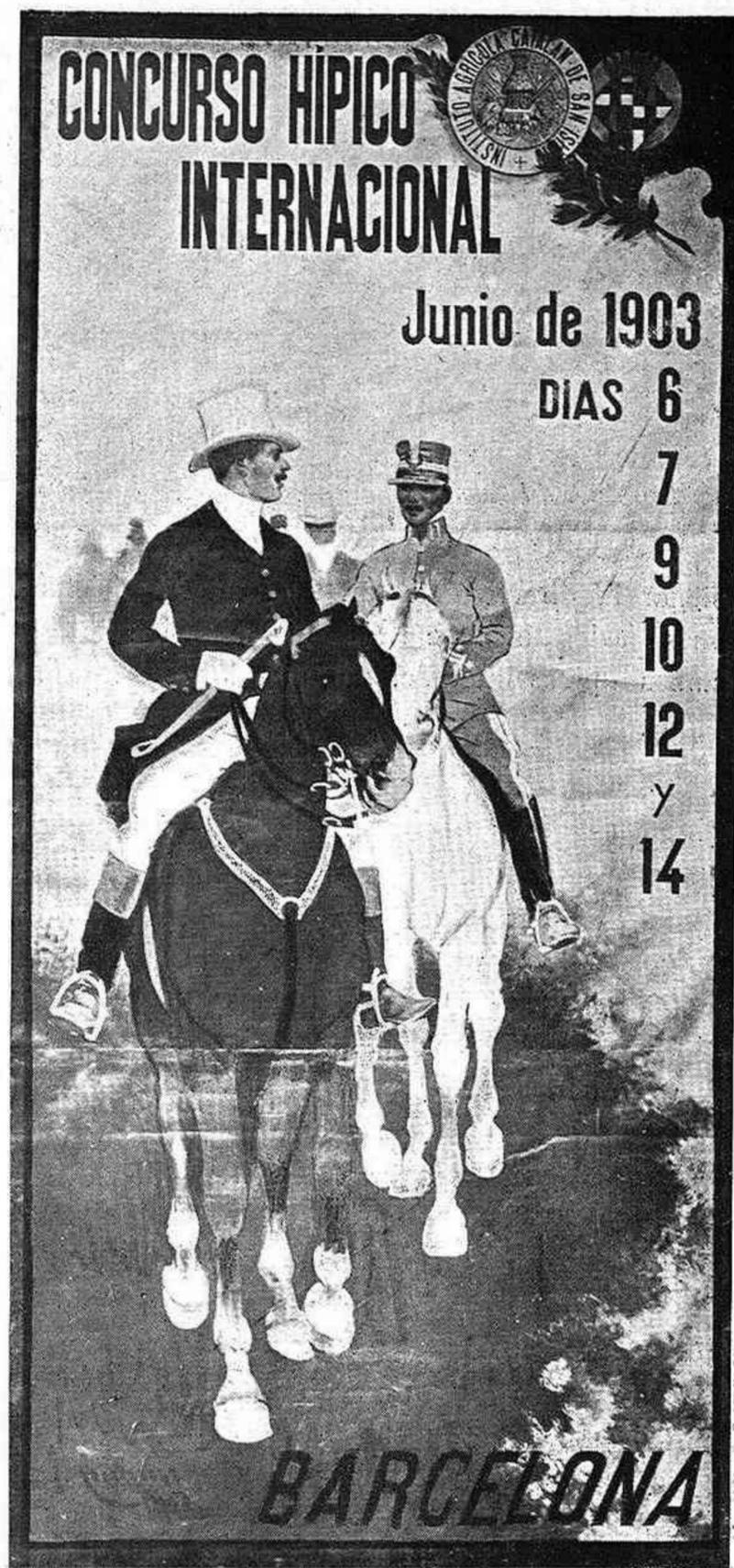
UN «SPORTMEN»

sas que no hemos de señalar en estos momentos; reducida la afición hípica á unas cuantas partidas de polo, y contándose como se cuenta en Barcelona con un núcleo numeroso de aficionados al más noble de los sports, y con una sociedad dispuesta á dar con su presencia realce y brillo á todo cuanto toma por su cuenta, la semilla lanzada cayó en terreno abonado, y el concurso de este año, del cual publicamos una extensa información fotográfica en el presente número de PLUMA Y LÁPIZ, dedicándole casi entero, ha venido á demostrar que somos capaces de irnos europeizando lenta, pero continuamente, y estamos prontos, no á imitar lo que en los demás países se hace, sino á realizar cuanto en ellos se haga, superando á veces en su resultado y aún en los procedimientos puestos en juego para conseguirlo.

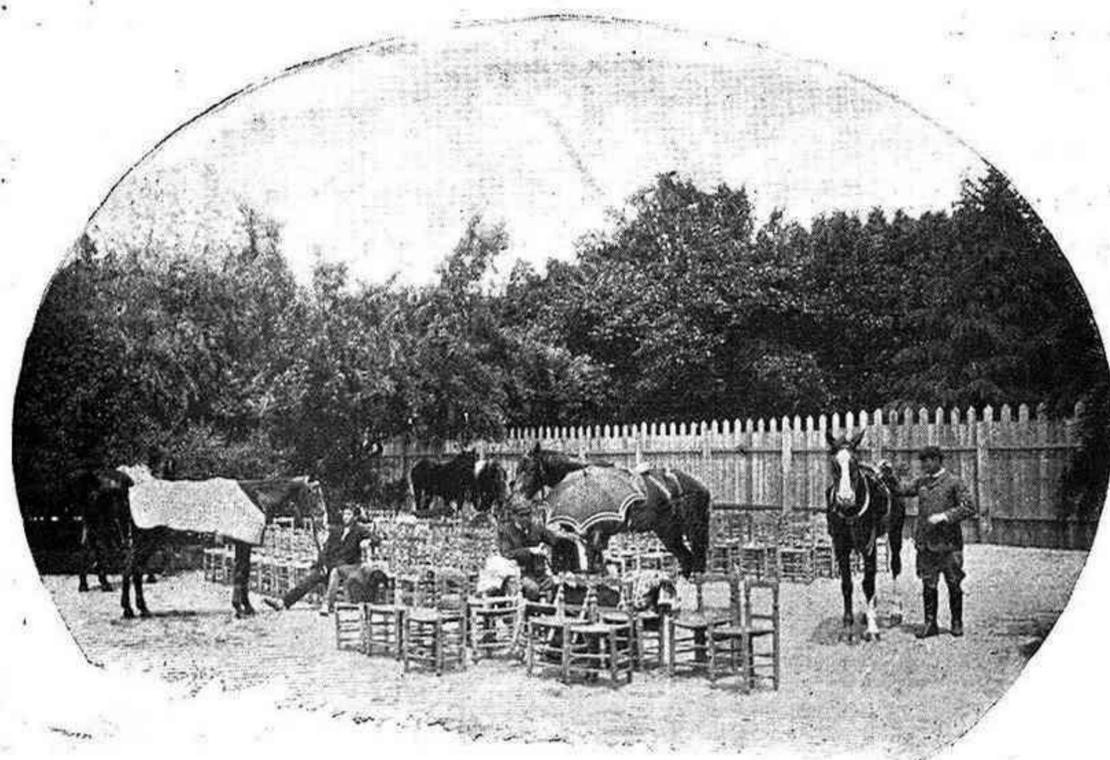
La importancia indudable de estas manifestaciones hípicas, queda demostrada con sólo recordar el renombre universal que alcanzó el concurso celebrado en Turín del 9 al 17 de Junio de 1902, por la sociedad nacional rootécnica, bajo los auspicios de los reyes de Italia y demás miembros de la familia real italiana, concurso en el que tomaron parte jinetes, militares en su mayoría, de todas las partes de Europa y perpetuado en un soberbio cuaderno que honra en alto grado tanto al objeto que le ha motivado, como á las artes de reproducción que en el mismo se emplean.

El segundo Concurso Hípico del Instituto Catalán de San Isidro, con el aditamento de una interesante Exposición Equina, ha obtenido resultado tan brillante que bien merece la atención que le dedicamos.

Naturalmente que, como todo lo que en sus comienzos está, el concurso es susceptible de mejora, y no dudamos que, alentados sus organizadores por los resultados obtenidos, la procurarán.



CARTEL ANUNCIADOR, ORIGINAL DE CUSACHS



DESPUÉS DE LA CARRERA

En tal suposición y no con el propósito de censura, sino con el deseo de ofrecer sanos consejos á la comisión organizadora, creemos que están trazadas las siguientes líneas que entresacamos de un juicio crítico que del concurso ha publicado un inteligente *sportmen*:

«Dirigiendo un vistazo general á dicha manifestación hípica organizada y llevada á cabo felizmente por el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, la primera impresión que nos causa dicha titánica empresa es la de admiración profunda por las iniciativas que ha sabido desple-



MARQUÉS DE MARIANAO  
*Presidente del Comité*



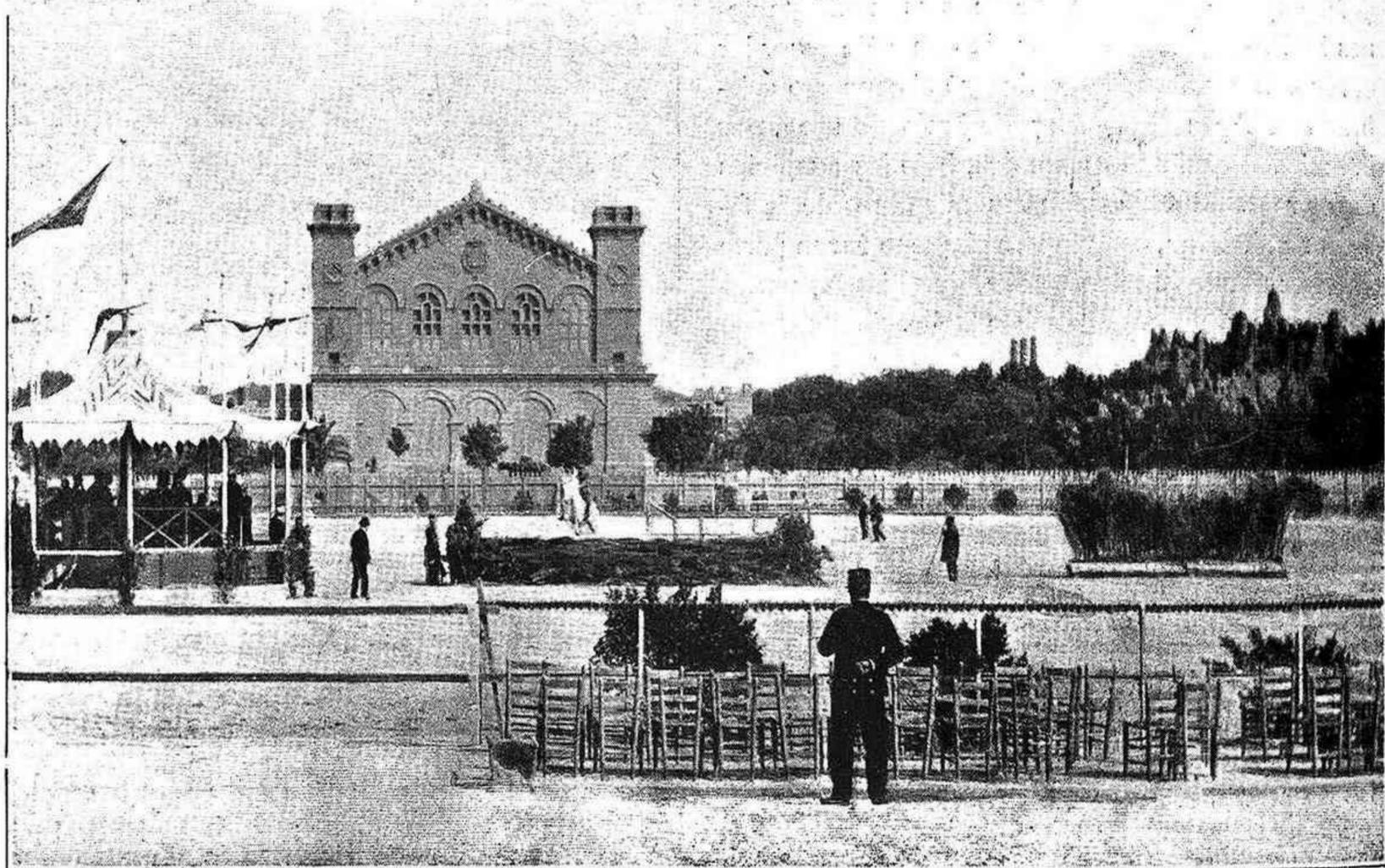
MARQUÉS DE SANTA ELENA  
*Vicepresidente 1.º*



DON ADOLFO SOLÁ  
*Vocal*

plegar la directiva de tan filantrópica sociedad, pues en dos años que lleva de celebración de concursos hípicos internacionales ha logrado no sola-

mente llamar la atención de todos los aficionados en general al progreso hípico, sino que ha influido de una manera directa y eficaz en la marcha de



### SALTANDO EL SETO

esta caballeresca afición, fomentando la adquisición de buenos ejemplares de las mejores razas, y animando á los jinetes á perfeccionarse en el dominio

y educación de sus caballos, en la carrera, en el salto, en la guía y en general en todas aquellas funciones que constituyen la brillante presentación



DON JOSÉ OLONA  
*Vocal*



DON MANUEL VEHIL  
*Vicepresidente 2.º*

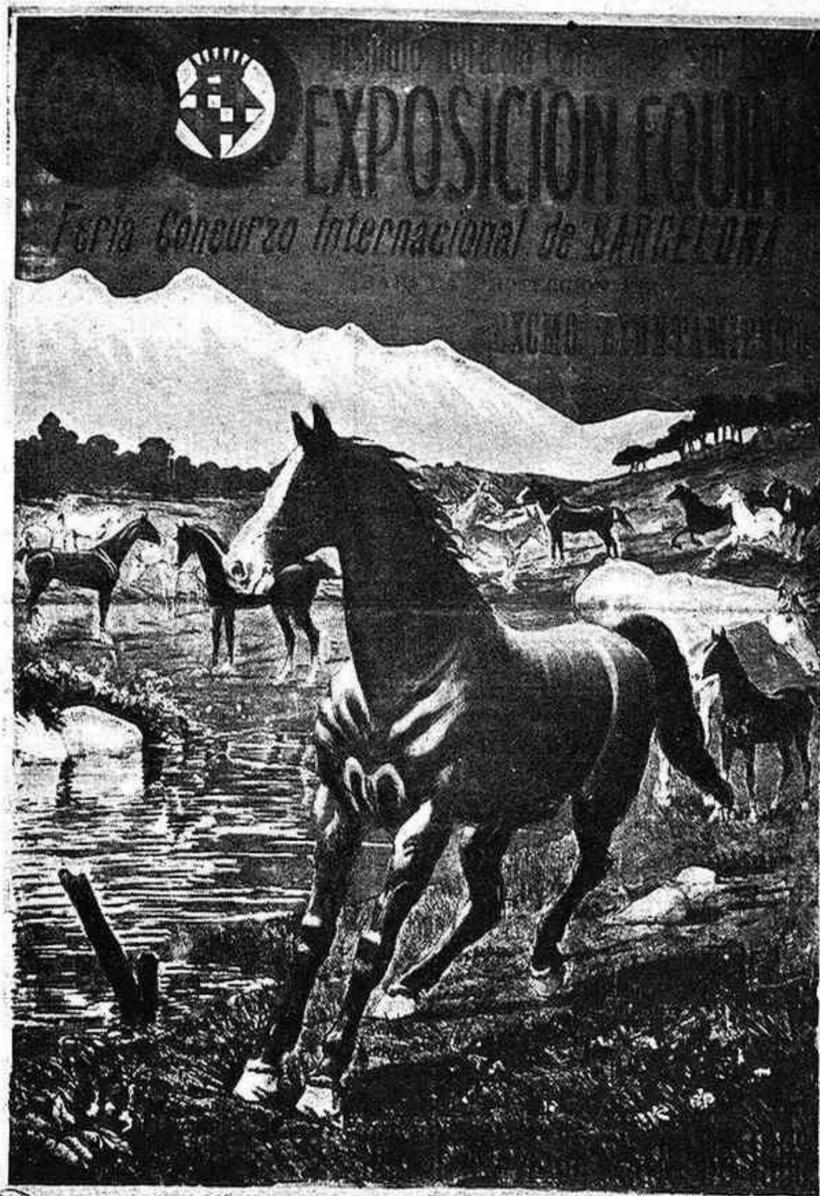


DON LUIS LÓPEZ  
*Vocal*

del noble animal de que tratamos.

Pasando á los detalles de organización de las pruebas efectuadas en los diversos días de concurso, ha sido opinión general la de que las referidas pruebas han adolecido de cierta monotonía, que si bien ha sido notada por muchos á los cuales no interesan los detalles de un salto, ni hallan diferencia alguna entre un salto bien dado ó un *taqué*, en cambio los que saben apreciar la diferencia que va de un salto bien ayudado por el jinete, al que da un caballo sin ayuda de ningún género, ó si se quiere, reteniendo en vez de soltar la brida, bien pegado á la silla, ó saltando en ella como ser endiablado, etc., etc.,

han sacado del concurso de referencia, que, á pesar de algunos lunares, indispensables siempre en actos de tanta importancia como los que llevamos apun-



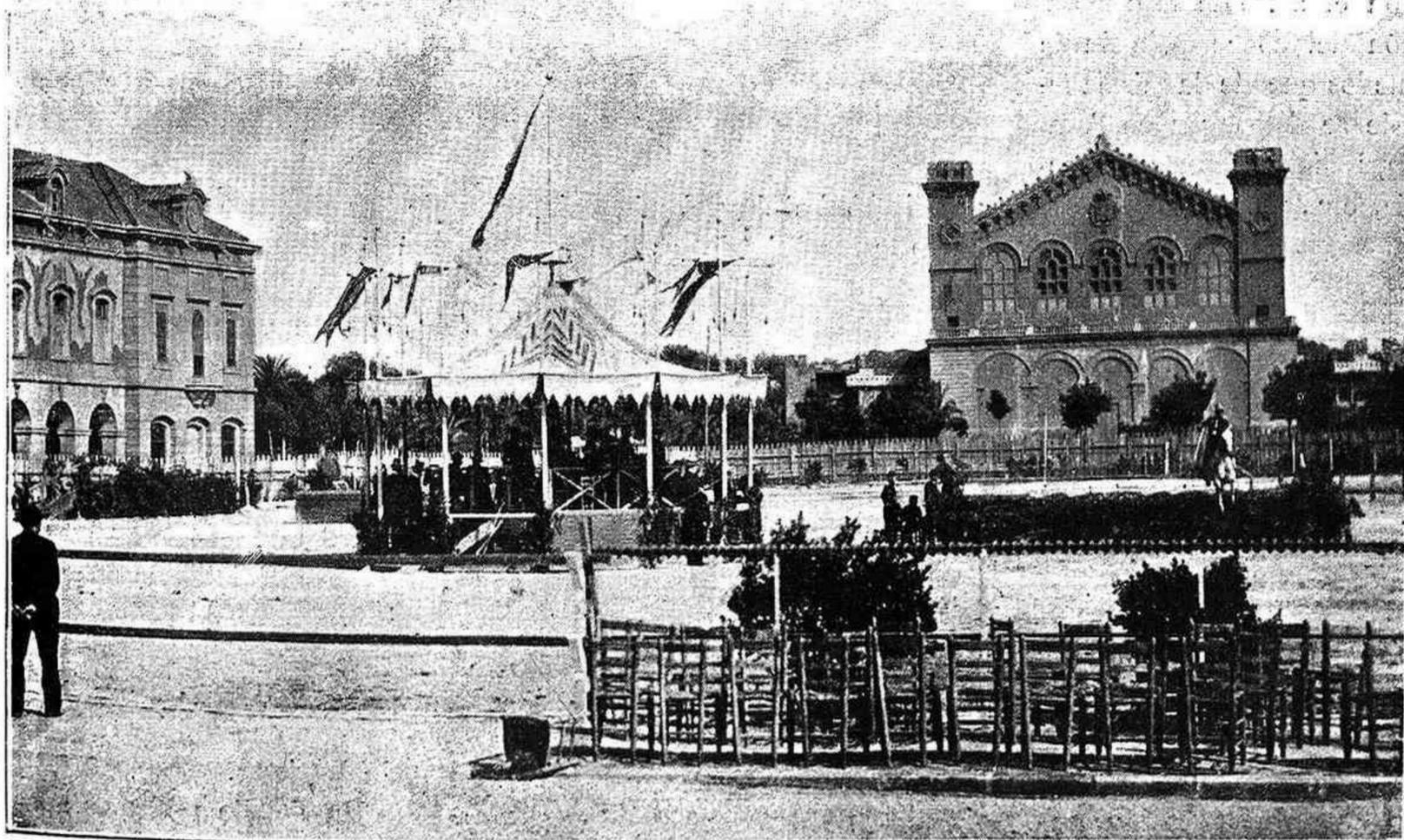
CARTEL ANUNCIADOR DE LA EXPOSICIÓN EQUINA.

ORIGINAL DE ALVAREZ DUMONT

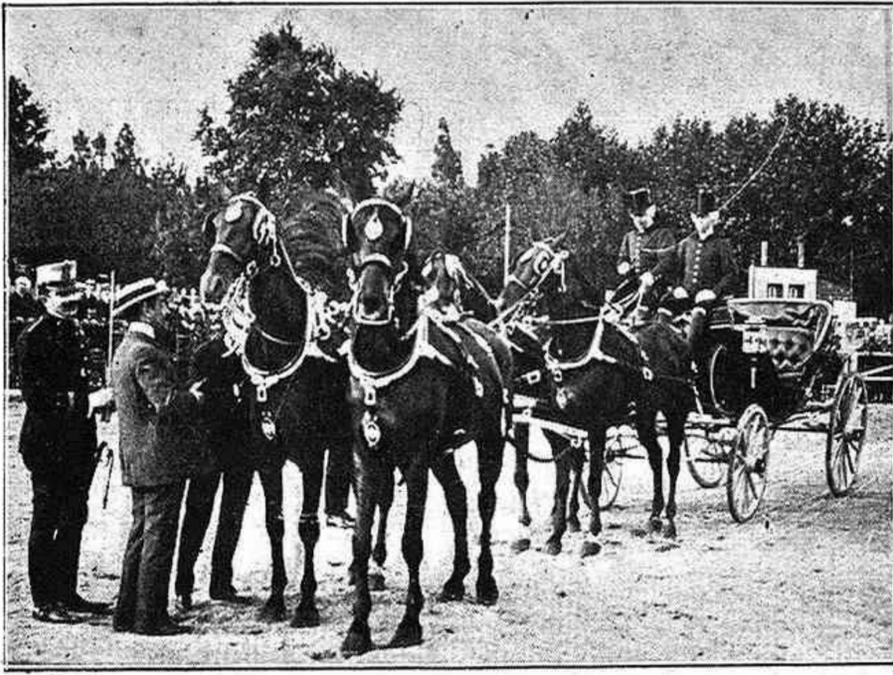
tados, se ha visto en general mucho más arte en los jinetes que en años anteriores, en que se notaba falta de desahogo en los mismos, sobre todo en los saltos.

Con los valiosos auxilios con que contaba la sociedad organizadora, no sólo morales, sino también materiales, creíamos que hubiera podido realizarse un concurso de carácter internacional mucho más amplio que éste, haciéndolo extensivo á los militares, no solamente franceses, de los que hemos podido admirar solamente una, valiosa sí, pero exigua representación, sino también á los de Italia, reconocidos en el mundo como excelentes jinetes, Alemania, Austria, etc., etc.,

con cuyas naciones, mediante la correspondiente invitación por parte de los altos poderes, de seguro podría llegarse á un equitativo concierto, y de esta



CORRIENDO EL PREMIO «PARQUE»

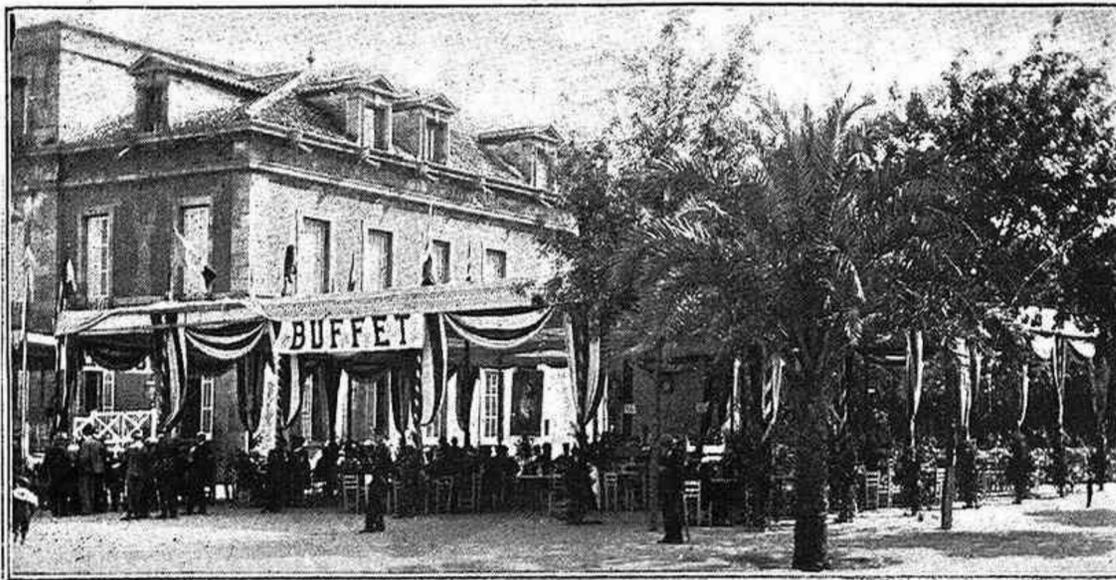


ENGANCHE Á LA DUMONT, PREMIADO.  
PROPIEDAD DE DON FRANCISCO CASANY

estaban previstas por parte del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, y no solo previstas, sino en vías de enmienda. Para ello, no bien se ha terminado el que reseñamos fotográficamente, han comenzado los trabajos de organización del de el año que viene.

Tomándolo con todo este tiempo de anticipación, los departamentos militares del extranjero podrán acordar los representantes que han de tener en Barcelona, y éstos preparar debidamente sus caballos para con ellos quedar airoso frente de sus competidores.

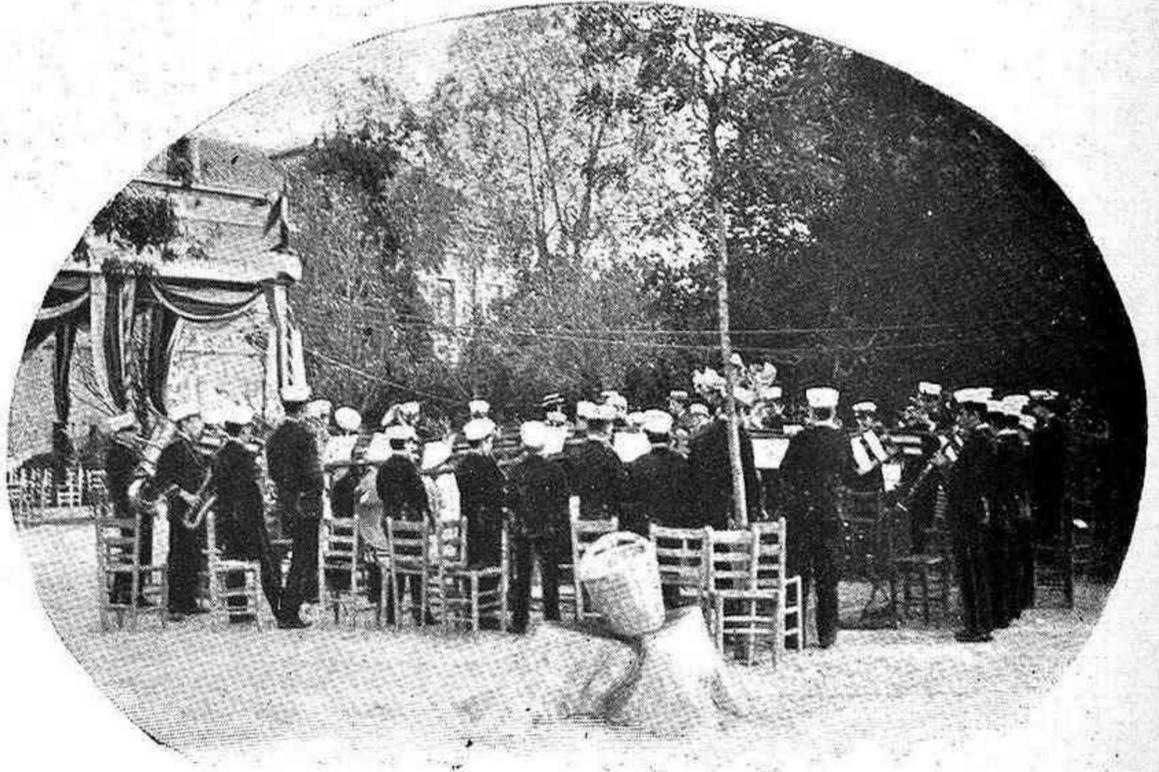
Además, el Comité organizador ha tomado el acuerdo de enviar con gran antelación el aviso de la celebración del concurso, á fin de que los que de la misma índole se dispongan en Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, etc., concedan el derecho de prioridad al barcelonés, exitándose de esta suerte ó coincidir con otros ó llegar cuando jinetes y caballos estén fatigados ya de campañas análogas.



NÚMERO IMPORTANTE DEL CONCURSO

manera se evitaría la monotonía que, si bien resulta discutible por lo que á los saltos se refiere, no lo puede ser respecto á los nombres de los inscritos, que aparte de una media docena de concurrentes extranjeros con 20 ó 30 caballos dignos de admiración, por lo demás el público se ha saturado de saltos, efectuados por los caballos de los oficiales de esta guarnición y de otras capitales españolas, de mucho mérito, si atendemos á la labor que representa el sacar algún partido de tales animalejos, pero muy discutible por lo que al tipo ó estampa del mismo se refiere, dato también muy apreciable en una exposición equina ó concurso hípico.»

Estas observaciones, que pueden resultar oportunas para el lucimiento de los concursos sucesivos, parece, según noticias, que ya



AMENIZANDO LOS INTERMEDIOS

De todos modos hay que reconocer, que el concurso de este año ha mejorado en mucho, en brillantez, resultados, concurrencia é importancia al del año pasado, y es de esperar que siga esta progresión y que el del año 1904 revista la trascendencia que es de desear para el buen nombre de Barcelona, y justa compensación á los trabajos del Instituto.

Un detalle podemos adelantar que demuestra lo que

en no lejano plazo pueden llegar á ser los concursos hípicos barceloneses. El comercio de la capital, en vista de los excelentes resultados prácticos que ha obtenido tanto con el contingente de extranjeros que al concurso han venido, como por el movimiento de ventas que ha realizado merced al lujo que las damas han desplegado en *toilettes* y carruajes, se halla decidido á contribuir con un premio de gran importancia á la espléndida lista de ellos, que podrá ofrecerse á la natural codicia de nacionales y extranjeros, pudiendo asegurar que en lo revelativo á este punto de gran trascendencia, nuestro concurso podrá equipararse al más rumboso de cuantos se organicen en otros países.

Creemos acertada y aun reproductiva tal conducta.

Las cosas deben hacerse en grande y más cuando se trata de asuntos en que la dignidad y el patriotismo deben jugar papel importante. Los concursos hípicos son espectáculos muy á propósito para que en ellos se haga espléndida manifestación de riqueza, buen gusto y cortesanía, y hay que esperar confiadamente en que, poseyendo Barcelona dichas cualidades, no ha de escatimarlas.



UN DETALLE DEL DESFILE. — (Fot de Ortoll.)



STEEPLE-CHASS. — VADO DE LA RÍA



CORRIENDO LA COPA DE BARCELONA

Merecen aplausos por la caballerosidad é inteligencia que han demostrado en sus diferentes puestos los señores del Comité del concurso, compuesto del siguiente modo:

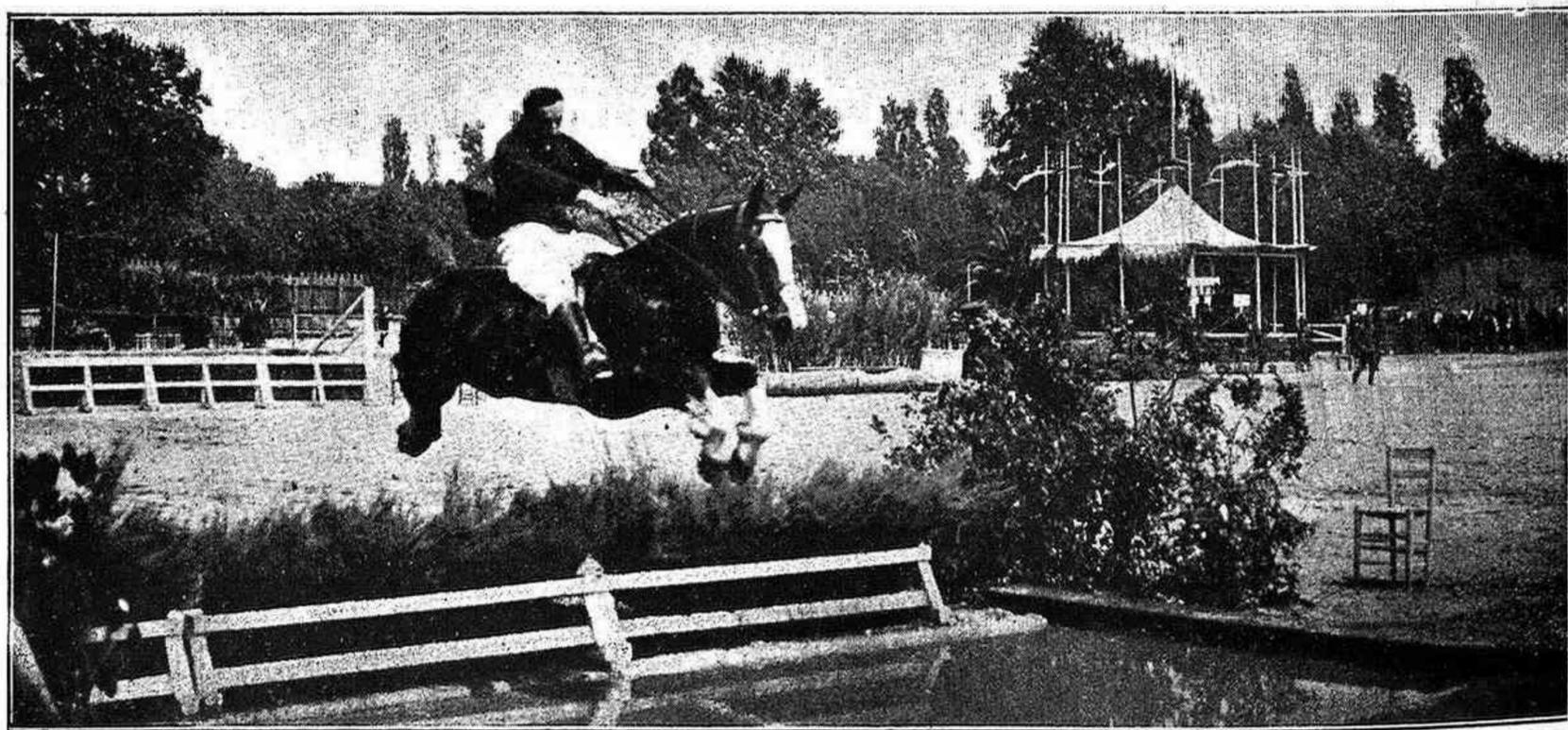
Presidente: Excelentísimo señor Marqués de Mariano. Vicepresidente 1.º: Excelentísimo señor don Alberto M.<sup>a</sup> de Borbón, Marqués de Santa Elena. Vicepresidente 2.º: Don Manuel Vehil. Vocales: Don Adolfo Solá, don Joaquín Desvalls, don Luis López, don Federico de Araoz, don Pelegrín G. de Moncada, don José de Olona, don Enrique Soria Santa Cruz. Comisarios generales: Don Joaquín M.<sup>a</sup> de Sarriera, don Carlos de España. Secretario:

Don Román Macaya. Vicesecretario: Don Ramón R. de la Encina; lo mismo que los jurados para las diferentes pruebas que se han realizado.

Y sería faltar á un deber de justicia si en esta ligera crónica del concurso no tributáramos una especial felicitación al señor don Ignacio Gerona y Vilanova, que se ha desvivido porque el Instituto tan acertadamente presidido por él dejase el pabellón á la altura que merece, derrochando iniciativas y actividades que forzosamente habrían de obtener como recompensa el brillante éxito del concurso.

Nuestro cariñoso y sincero parabién á todos.

M. DE V.



SALTO DE LA RÍA

(Fots. de Ramos y Cobos.)

## GENEROSIDAD DE CARLOS V

EN el siglo XVI las guerras religiosas hicieron á España quemar más pólvora que incienso hasta entonces se había consumido en sus altares. En vano era que el rey de España y Emperador de Alemania pelease en Germania, queriendo apartar á sus súbditos de las doctrinas que Lutero y sus secuaces predicaban, empleando sin medida el fuego y el hierro; la nueva religión crecía como semilla en campo fértil. Tres veces había salido Carlos V de España, para luchar contra los partidarios de la reforma, y en estas campañas, si no logró vencerles, pudo, por el momento, apaciguar los ánimos y conseguir treguas; más como los pactos que se ajustaban, por una y otra parte no se cumplían, sobrevino nueva lucha.

En 1546, al frente de un ejército muy inferior al reunido por la reforma, desde Flandes tuvo que marchar Carlos V á Alemania, acosado por el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, cuyos ejércitos sumaban 80.000 hombres con 130 cañones. El ejército católico lo componían flamencos, italianos y españoles; la cifra de éstos no excedía de 9.000, contándose entre ellos, el tercio de don Alvaro de Sande, que hacía muchos años peleaba en unión de las tropas de Maximiliano de Austria, en Hungría, rechazando victoriosamente cuantas invasiones los turcos intentaban. Eran las gentes de don Alvaro, soldados encanecidos en la pelea que jamás contaban el número del adversario, y á quienes molestaba la inacción del campamento y el verse obligadas á permanecer á la defensiva.

Para mayor seguridad, Carlos V hizo cercar su campo de un foso y en él colocó á los arcabuceros.

Desde mediados de agosto, en el fuerte ocupado por el tercio de Sande, á poco de sonar la diana en el campamento, presentábase un tudesco de atléticas proporciones, y á grandes gritos retaba á los soldados á reñir con él; de buena gana hubiesen aceptado el reto, pero el Emperador lo prohibió bajo pena de muerte, y ¡ay de aquél que se atreviera á faltar al mandato de Carlos V!



Un día, el 31 de agosto de 1546, un simple arcabucero, Martín Alonso de Tamayo, agotada su paciencia, acepta el reto, y tomando la pica de un compañero, sale del foso; al llegar cerca del tudesco, se arrodilla, y en breve oración encomienda su alma á Dios. Tomando el luterano por miedo la actitud del español, se mofa de él, mas éste, poniéndose en pie, le acomete con su pica. Luchan durante largo rato hasta que Martín degüella á su enemigo, se apodera de sus armas, y cortándole la cabeza, la lleva al campamento como trofeo de su victoria.

Al tener noticia del hecho, Carlos V ordena que sin dilación se cumpla su mandato y sea decapitado Martín, sin darle más tiempo que el preciso para confesarse; acto continuo la decisión del monarca fué conocida en el campamento y mal acogida por los soldados que habían aplaudido con entusiasmo el valor de su compañero.

Don Alvaro de Sande, los demás maestros y capitanes, pidieron al Emperador perdonase á Martín en gracia del valor demostrado.

Carlos V se mostró inflexible, y á las súplicas respondió con sequedad que sus órdenes se cumplían siempre.

Ya el verdugo, con el hacha apoyada sobre el tajo en la plaza central del campamento, esperaba la víctima á quien custodiaban los italianos, cuando en los tercios españoles resonaron los timbales, diéronse al viento las banderas, y sin jefes formaron los soldados, y poniéndose en marcha, cercaron la tienda que á Martín servía de prisión al grito de ¡todos ó ninguno!

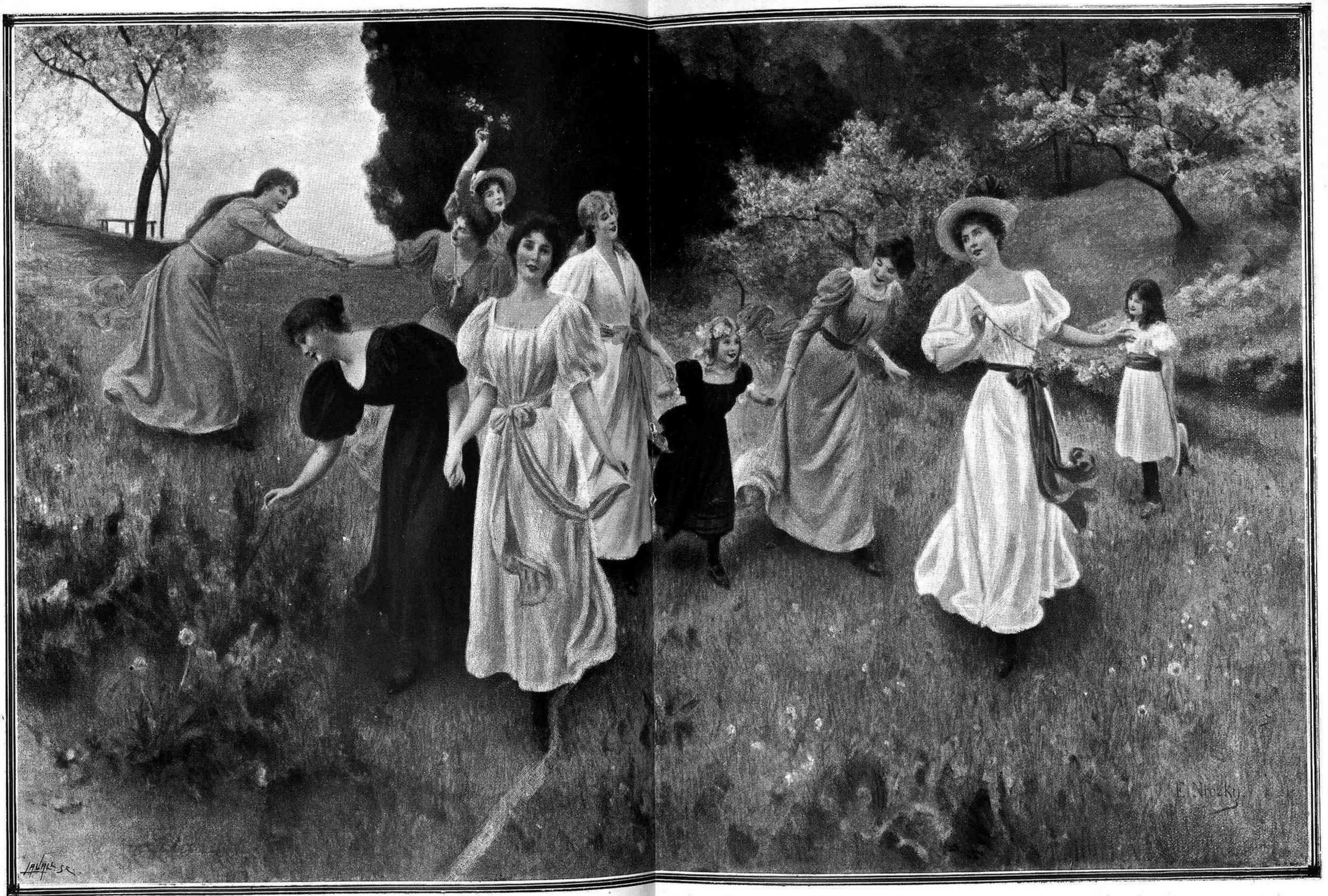
Carlos V palideció, ceder era despojarse de su autoridad; pero sabía que los soldados españoles estaban dispuestos á salvar á su compañero, y así lo harían aunque tuviesen que luchar con las demás tropas.

El Emperador perdonó á Martín, y al comunicar don Alvaro de Sande á las tropas la noticia, éstas no tuvieron ni un sólo viva para su monarca. Después, en los tercios, cuando algún superior transigía por

fuerza con sus subordinados, se decía de él:

—Es generoso como Carlos V.

M. DEL CORRAL CABALLÉ



LA VIDA EN EL CAMPO





## Lo "Chic"

1.—Vestido de baile de crespón de China, color paja. Falda *plissée*, con delantero y canesú ceñido rodeado, lo mismo que el ancho volante en forma, de felpillas negras. Cuerpo con descote cuadrado bordeado de un drapeado que termina al lado derecho en un gran *chou* y retiene un volante de encaje negro.

2.—Traje de gran recepción, de seda azul cielo y gasa de seda blanca. Falda *plissée*, abullonada en las caderas, de donde desciende á largos pliegues hasta el final, que se extiende considerablemente en forma de abanico, exhibiendo un primoroso bordado hecho sobre la misma tela. Cuerpo fruncido y descotado y recubierto con una torera de encaje. Mangas cortas sujetas en los hombros por abullonados.

3.—Traje de *liberty* azul obscuro ligeramente tornasolado. Falda lisa *plissée* á lo largo. Cuerpo torera corta cayendo flotante sobre un ancho cinturón drapeado de seda igual que el traje. Gran cuello de guipure formando puntas.

## El caballo

EN vano la industria y la mecánica, rompiendo con las pragmáticas del equilibrio y la estabilidad, ha impuesto como sport moderno el de la bicicleta; en vano la moda ha adoptado temporalmente el uso del automóvil para el recreo de los poderosos; en vano resultará todo cuanto quiera hacerse en contra del uso del caballo, que recorriendo gallardamente los paseos aristocráticos, tirando de coches y carros, llevando á la guerra su equipaje y al hipódromo su velocidad y ligereza, siempre será un indiscutible y valioso elemento para todo género de vida.

Estamos en plena temporada hípica.

La estación de las flores incita más que ninguna otra á disfrutar de los espectáculos campestres, y entre nosotros, que contamos siempre con el sol como el principal elemento para cualquier clase de diversiones, siempre dará mejores resultados la *saison*



LA TRIBUNA PRESIDENCIAL. (Fot. de Ortoll.)



Anverso



Reverso

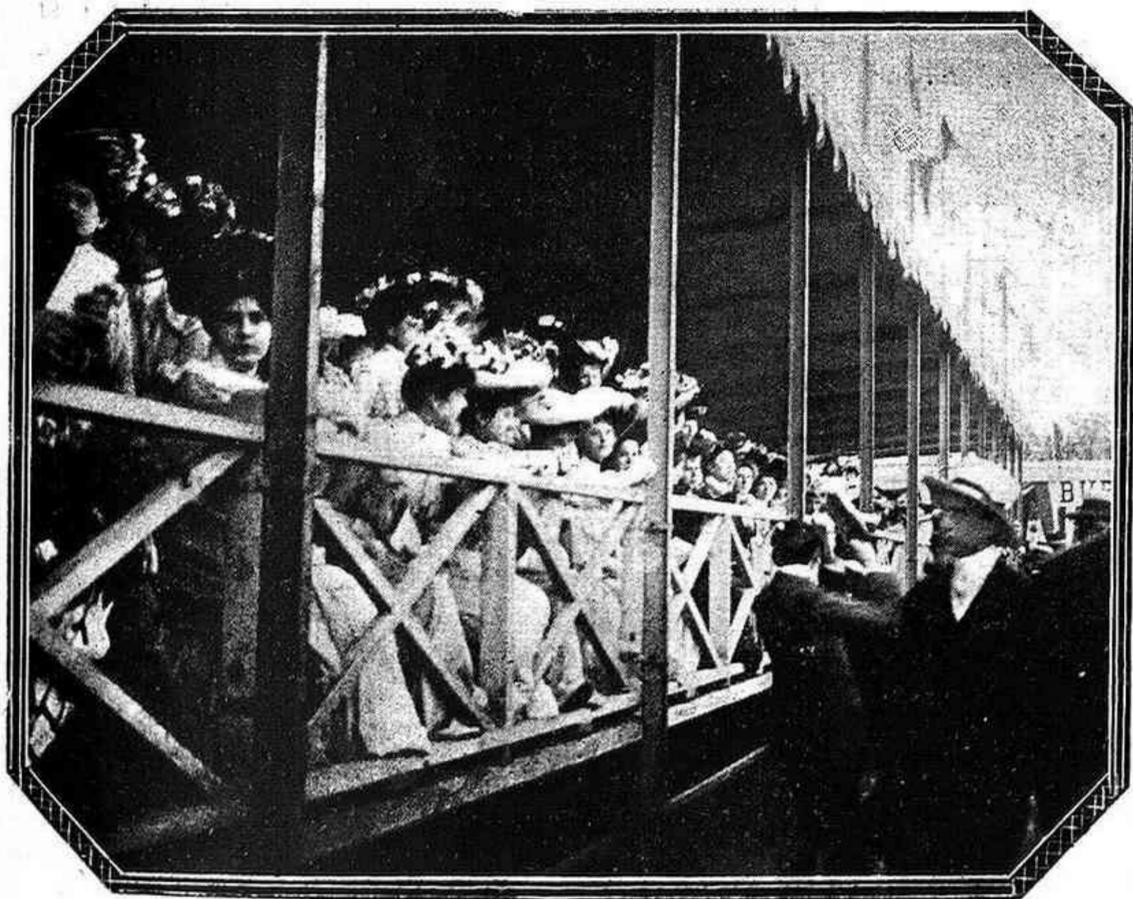
MEDALLA DE PREMIO

de primavera que la otoñal.

Las carreras de caballos y los concursos hípicos hoy tan en boga, han llegado á alcanzar carta de naturaleza en España, y de día en día podemos observar cómo y qué rápidamente aumenta la afición á los espectáculos en que el caballo juega el más importante papel.

El origen de las fiestas hípicas es antiquísimo; pero hasta el reinado de Jacobo primero, las carreras de caballos no adquirieron la organización acabada y parecida á la que tienen hoy en Inglaterra, verdadera patria de los caballos para estas fiestas. Entonces el premio del vencedor era una campanilla de plata ú oro, origen de la frase *Bearing arway the beld*, que todavía los ingleses usan para señalar la conquista del premio.

La época más brillante de las carreras de caballos en Inglaterra, fué durante el reinado de Jorje I. El príncipe de Gales siguió la ruta trazada por aquél, dando á las



LA TRIBUNA DE LA IZQUIERDA

luchas hípicas gran esplendor. Los caballos *Hing-Childer* y *Eclipse*, por ejemplo, gozaron en su tiempo de más simpatías que los literatos de primera línea, y ya es sabido que la muerte de este último fué causa de un verdadero luto nacional, y sus retratos inundaron la Gran Bretaña, y como se hace con los sabios, se pesaron sus vísceras y órganos principales.



LA GUARDIA MUNICIPAL EN EL CONCURSO HÍPICO

La historia del caballo es tan ex-

tensa como importante, pudiendo asegurarse que hay casi tantos caballos célebres como hombres... que merecen serlo. Uno de aquéllos es el que montaba César, que, según Suetonio, tenía los pies casi de

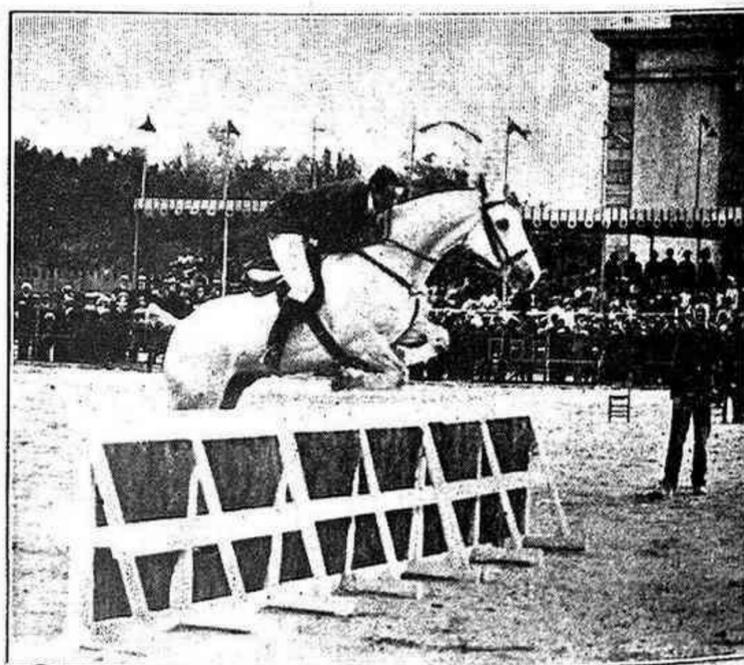
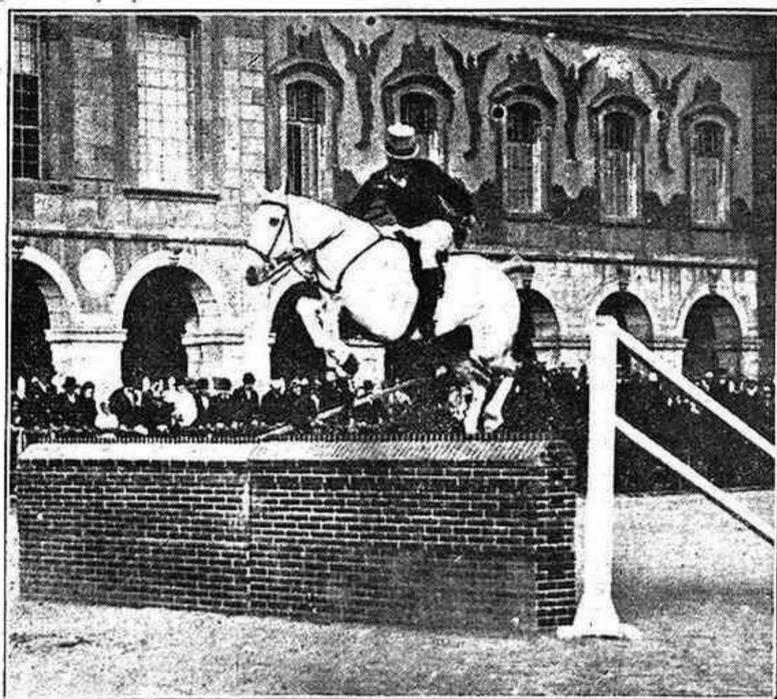


¡AL CUARTEL!

forma humana; andando el tiempo, César le levantó una estatua. Otro *Bucéfalo*, el caballo predilecto de Alejandro; otro el *In-citatus*, de Calígula, por el que su dueño mostró tal pasión, que le levantó un magnífico palacio donde pudiera recibir á los que fueran á visitarle, y un mobiliario suntuoso, pues el pesebre era de marfil y la manta de púrpura bordada de pedrería; en vasos de oro se le servía la comida y el vino, y el mismo emperador solía sentarle á su mesa sirviéndole la cebada con sus propias manos; le había asignado un colegio de sacerdotes, y sabido es que pensaba nombrarle cónsul cuando Quereas puso fin á su reinado. Y en épocas más recientes ¿quién no ha oído hablar de los caballos *Bayardo*, del que se ha ocupado

Ariosto, *Babiaca* y *Rocinante*, y aun del ínclito y nunca bien ponderado *Clavileño*?

Calcúlase en unos trescientos mil años el espacio transcurrido antes que el europeo sometiera el ca-

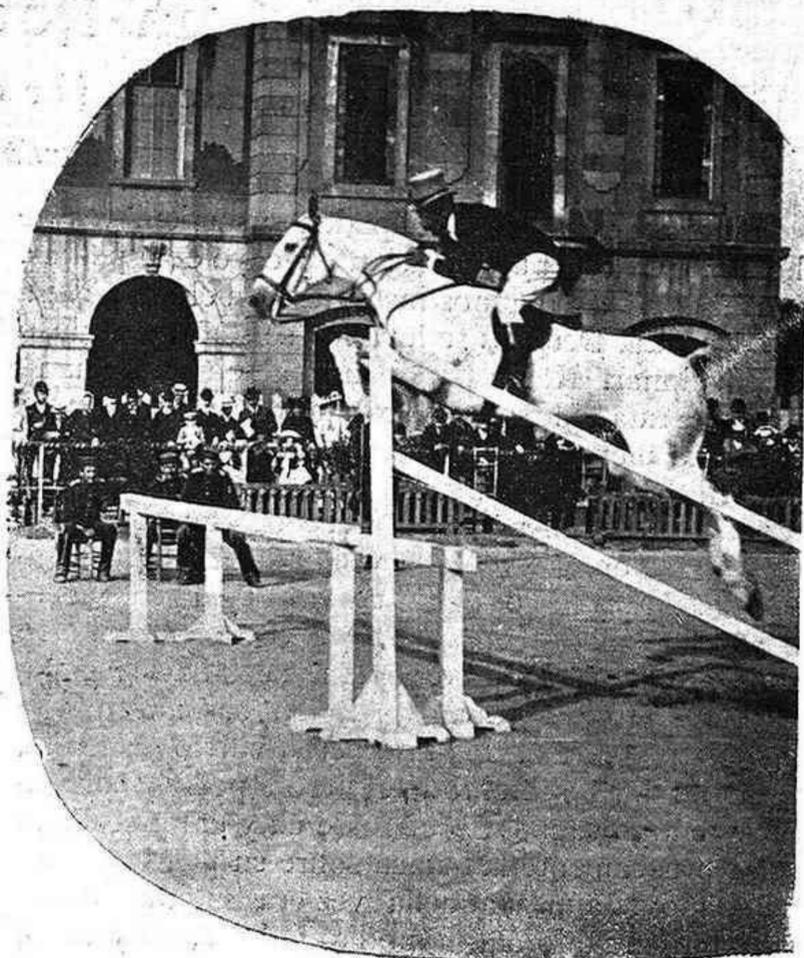


CARRERA DE LA COPA DE BARCELONA. — M. LECLERCQ

ballo á domesticidad; pero así como aquí faltan datos para seguir la historia del caballo, en Oriente sobran. No nos meteremos en tales profundidades, no se alarmen ustedes. Los servicios que ha prestado y presta al hombre le colocan en primer término de la escala de los seres útiles y hay que tratarle con alguna consideración mayor que á cualquier senador vitalicio, por ejemplo.

Una de las primeras y mejores conquistas del hombre ha sido el caballo: fuerza, nobleza, energía, valor, clara comprensión de la voluntad de su amo y placer en someterse á ella: tales son sus principales condiciones. Además, su estructura dúctil se presta, en manos del hombre, á amoldarse no sólo á sus necesidades, según los tiempos, sino también á sus caprichos, conservando siempre las cualidades preciosas que le distinguen.

En las primeras edades, el caballo fué una pieza de caza, un objeto de consumo destinado á satisfacer las más apremiantes necesidades del estómago, siendo su carne tan codiciada como la de otros



M. LECLERCQ, SALTANDO LA DOBLE VALLA



M PAUL BOURGADE

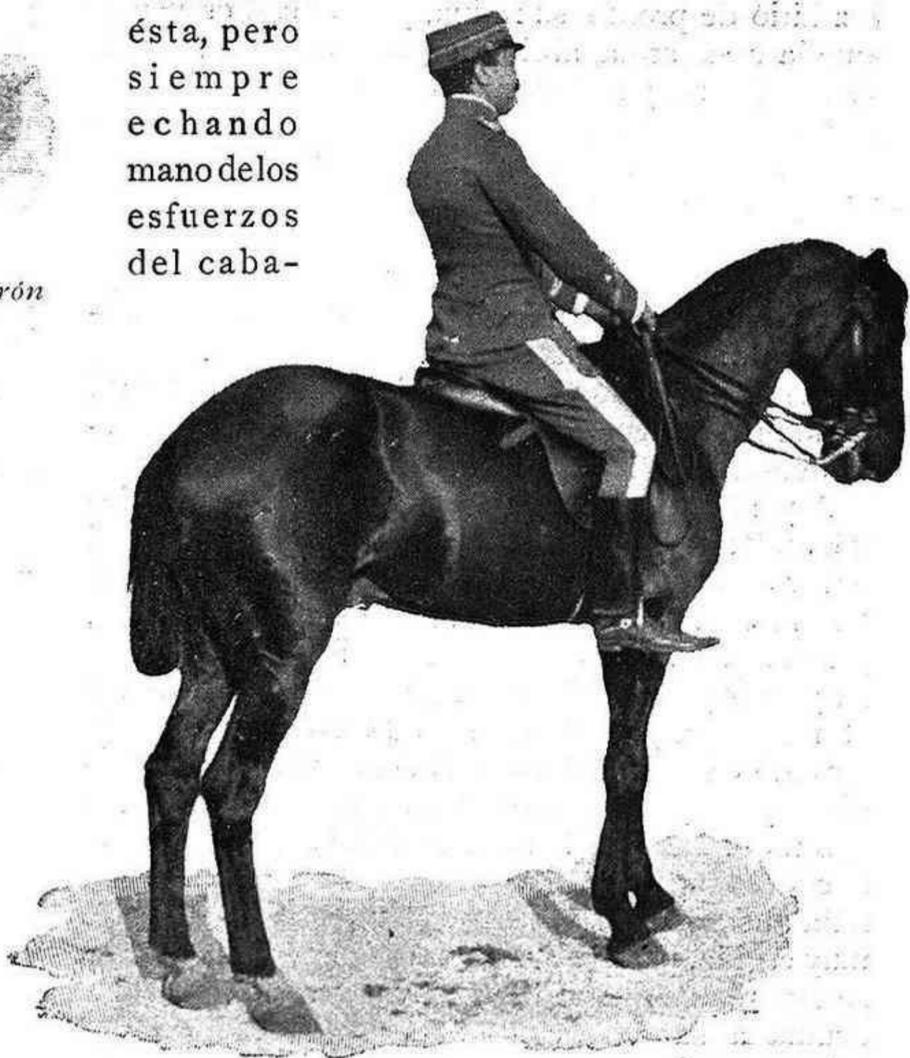
Vencedor de la Copa de Barcelona con su caballo *Lisse Fleurón*

llo. Vinieron después los caprichos del lujo y las exigencias de los poderosos y el caballo se prestó á todo ello voluntariamente y hoy es un obrero activo de la civilización, habiéndose multiplicado en número y facultades para contribuir á la gran obra del progreso, convertido unas veces en industrial ó agricultor, ganando otras para sus amos las apuestas y premios de los hipódromos, ó entregando por fin, su vida, toda abnegación y lealtad, á la plaza de toros ó á un coche de alquiler.

El caballo es un ser de indiscutibles beneficios, menos cuando, como decía un jugador empedernido, salta y viene la sota.

M. DONOSO CORTÉS

hervíboros que aun hoy no tienen otro objeto como principal. No es, pues, nuevo, ni mucho menos, el comer carne de caballo, como algunos concejales se figuran. Después se convirtió en servidor del hombre y fué considerado de otro modo en virtud de sus facultades. Se vió que era sobrio, inteligente, de resistencia, orgulloso y se le destinó á la guerra. Varió andando el tiempo el carácter de ésta, pero siempre echando mano de los esfuerzos del caba-



UN CORREDOR.—(Fots. de Ramos y Cobos.)

# La Roquecita

Novelita corta por Guy de Maupassant

(Continuación)

Entonces retrocedió crispados sus miembros de horror, chocó contra un asiento y cayó de espaldas. Permaneció así algunos instantes con el alma llena de angustia. Después se levantó, se sentó y se puso á reflexionar. Había tenido una alucinación; nada más que una alucinación originada por la presencia de algún merodeador nocturno que caminaba por las orillas del río con su farol. Por otra parte, ¿qué tenía de particular que el recuerdo de su crimen despertase en él á veces la visión de la muerta? Habiéndose levantado, bebió un vaso de agua, y sentándose después, pensaba: ¿Qué voy á hacer si esto se repite? Y aquello se repetiría; estaba seguro de ello. La ventana volvía á solicitar sus miradas, le llamaba, le atraía. Para no verla, volvió á su silla, tomó un libro é intentó leer; pero á poco le pareció oír que algo se movía detrás de él; y entonces hizo girar bruscamente la butaca sobre su pie. La cortina se movía aún, y aquella vez era indudable que la había movido él, no podía dudarle; así y todo, se lanzó hacia ella y de un tirón la arrancó de su sitio yendo en seguida á pegar su cara á los cristales de la ventana. No vió nada, todo era negro fuera y Renordet respiró con la alegría del hombre á quien acaban de salvar la vida.

Dió vuelta de nuevo á su asiento; pero casi en el acto volvió á sentir deseos de mirar por la ventana. Desde que la cortina había sido arrancada, la ventana formaba una especie de sombrío y temible boca que parecía atraerle hacia el campo. Para no ceder á esta peligrosa tentación, se desnudó, apagó las luces, se acostó y cerró los ojos.

Inmóvil, acostado de espaldas, con la piel ardiente y casi sudoroso, esperaba el sueño. Una gran luz hirió de pronto su retina, y entonces, creyendo que la casa ardía, abrió de pronto los ojos. Todo estaba negro, y se incorporó para poder distinguir la ventana, que seguía atrayéndole invenciblemente. A fuerza de mirar, percibió algunas estrellas, y en seguida se levantó, atravesó el cuarto á tientas, buscó á obscuras los cristales de la ventana y aplicó en ellos la frente. Allá lejos, bajo los árboles, el cadáver de la niña relucía como cuerpo fosforescente, iluminando las sombras en derredor.

Renordet lanzó un grito y huyó hacia la cama, donde permaneció hasta el amanecer con la cabeza oculta bajo la almohada.

A partir de aquel momento, la vida se le hizo intolerable; pasaba los días bajo la influencia del terror de la noche, y todas las noches se repetía la visión. Una vez solo en su cuarto, intentaba luchar, pero era en vano: una fuerza irresistible le levantaba y le impelía hacia la ventana como para evocar el fantasma, y entonces lo veía inmediatamente, tendido en el sitio del crimen, con los brazos extendidos y las piernas abiertas tal como había sido encontrado. Después la muerta se levantaba y venía hacia él muy despacito, tal como lo había hecho la niña al salir del río, se le aproximaba lentamente, muy ergida, pasaba por encima del césped, y luego se elevaba en el aire hacia la ventana de Renordet, acudía á su lado, como había acudido el día del crimen hacia el asesino. Y el hombre retrocedía

ante la aparición, retrocedía hasta su cama, y se echaba sobre ella seguro de que la muchacha había entrado y estaba detrás de la cortina, seguro de que no tardaría en moverse. Y hasta que amanecía, contemplaba con mirada fija hacia aquel punto, esperando ver salir á su víctima. Pero ésta no se presentaba, permanecía allí dentro de la cortina que se agitaba y temblaba á veces. Y Renordet, con las manos crispadas oprimía las sábanas como había oprimido la garganta de su víctima, oía sonar las horas, y en medio del silencio escuchaba el péndulo de su reloj y los profundos y agitados latidos de su corazón. Y el miserable sufría como jamás había sufrido ningún hombre.

Luego, tan pronto como una línea blanca se dibujaba en el techo anunciando la proximidad del día, se sentía libre de su terror, solo al fin, solo en su cuarto, y se acostaba de nuevo. Entonces dormía algunas horas con sueño inquieto y febril, sueño en el que veía repetirse á veces la espantosa visión de sus viglias.

Cuando bajaba al medio día para comer, se sentía agobiado por una horrible fatiga, y no comía apenas, intranquilo ante el temor de que la volvería á ver por la noche.

No dejaba de saber que aquello no era una aparición, que los muertos no resucitan y que su alma, enferma y obsesionada por su recuerdo único é inolvidable, era la causa de su suplicio, la causa evocadora de la muerta por él resucitada, llamada por él y por él asesinada ante sus ojos, en los que permanecía siempre presente la imborrable imagen. Pero también sabía que no se curaría, que no evitaría nunca la persecución salvaje de su memoria, y resolvió morir antes que soportar por más tiempo aquellas torturas.

Entonces, empezó á buscar el medio de matarse. Quería algo sencillo y natural, que no hiciese sospechar su suicidio, pues tenía apego á su reputación, al nombre legado por sus padres, y si se sospechaba la causa de su muerte, se pensaría sin duda en el inexplicable crimen, en el misterioso asesino, y no se tardaría en considerarle autor de aquella infamia.

Se le ocurrió la idea extraña de hacerse aplastar por el árbol á cuya sombra había asesinado á la joven y decidió talar el oquedal y simular un accidente. Pero el árbol se negó á darle la muerte.

Una vez en su casa, sumido en terrible desesperación, había cogido su revólver y no se había atrevido á dispararlo.

Llegada la hora de comer, bajó á sentarse á la mesa y después volvió á subir. No sabía qué hacer. En aquel momento se sentía cobarde, después de haber escapado de la muerte la primera vez. Un momento antes, estaba dispuesto, decidido, y se sentía dueño de su valor y de su resolución, pero ahora se consideraba débil y tenía á la muerte tanto como á la muerta.

—No me atreveré, no me atreveré—balbuceaba. Y miraba con terror tan pronto la cortina que ocultaba la ventana como el arma que estaba sobre la mesa. También le parecía que le esperaba

algo horrible tan pronto como su vida acabase. ¿Qué cosa? ¿Su encuentro tal vez? La víctima le escuchaba, le esperaba, le llamaba, y si se presentaba á él todas las noches, era para asecharle, para vigilarle, para consumir su venganza obligándole á morir.

Renordet rompió á llorar como un niño, repitiendo:

—No me atreveré, no me atreveré.—

Después cayó de rodillas y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—

Y, sin embargo, no creía en Dios. No se atrevía ya á mirar hacia la ventana, donde sabía que se ocultaba la aparición, ni tampoco á su mesa, sobre la cual relucía el revólver.

Después de levantarse, dijo en voz alta:

—Esto no puede durar, hay que acabar de una vez.—

El sonido de su voz en medio del silencio le hizo estremecerse; pero como no se decidió á tomar ninguna resolución, como comprendiera que su mano había de negarse siempre á oprimir el gatillo del arma, volvió á ocultar la cabeza bajo los cobertores de la cama y reflexionó.

Le era preciso encontrar algo que le obligase á morir, inventar una astucia contra sí mismo que no le dejase lugar á temor, dilación, ni retroceso. Envidiaba á los condenados que suben al patíbulo escoltados por la fuerza armada. ¡Oh! si él pudiese conseguir de alguien que le matase; si confesando el estado de su alma, confesando su crimen á un amigo, seguro de que no lo divulgase nunca, pudiera lograr que le diesen la muerte!... Pero ¿á quién pedir tan tremendo favor? ¿A quién? Empezó á buscar entre el número de sus conocidos. ¿Al médico? No, porque tal vez lo contaría todo después. De pronto una extraña idea cruzó por su mente, le iba á escribir al juez de instrucción, á quien conocía íntimamente, para denunciarse. En aquella carta se lo confesaría todo: su crimen, las torturas que sufría, su resolución de morir, sus dudas y el medio que debía emplear para cobrar valor, y le suplicaría en nombre de su antigua amistad que rompiese la carta tan pronto como hubiese sabido que el culpable se había hecho justicia. Renordet podía contar con el juez, seguro de su discreción y de que era incapaz de una ligereza. Se trataba de uno de esos hombres dotados de una conciencia inflexible, gobernada, dirigida y regulada únicamente por su razón.

No bien hubo concebido este proyecto, una extraña alegría invadió su corazón llevando la tranquilidad á su ánimo. Iba á escribir la carta muy despacio, iría á echarla al buzón al amanecer, subiría en seguida á su torre para ver llegar al cartero, y cuando el hombre de la blusa azul se alejara, se arrojaría de cabeza contra las rocas que servían de cimiento á su morada. Procuraría que le viesen antes los trabajadores que talaban su bosque, subiría luego al sitio en que estaba fija la bandera que ondeaba los días de fiesta, rompería su asta de un tirón y se arrojaría al vacío. ¿Cómo dudar entonces de un accidente? Dado su peso y la altura de la torre, no cabría duda de que su muerte sería segura.

¡Inmediatamente, saltó de la cama, se acercó á la mesa y se puso á escribir. No olvidó nada, ni un detalle del crimen, ni una circunstancia de su vida de angustias, ni un solo momento de sus torturas, y terminó anunciándole que se había condenado á sí mismo, que iba á ejecutar al criminal, y rogando á su amigo, á su antiguo amigo, que procurase que nunca pudiese nadie acusarle mancillando su memoria.

Al acabar la carta, notó que amanecía, la metió en un sobre, puso la dirección, bajó con lentitud la escalera, corrió hacia el buzón y cuando hubo echado dentro aquel papel que rendía su mano, se volvió á casa á toda prisa, echó los cerrojos á la puerta y subió á la torre para esperar el paso del cartero que había de llevar al juez su sentencia de muerte.

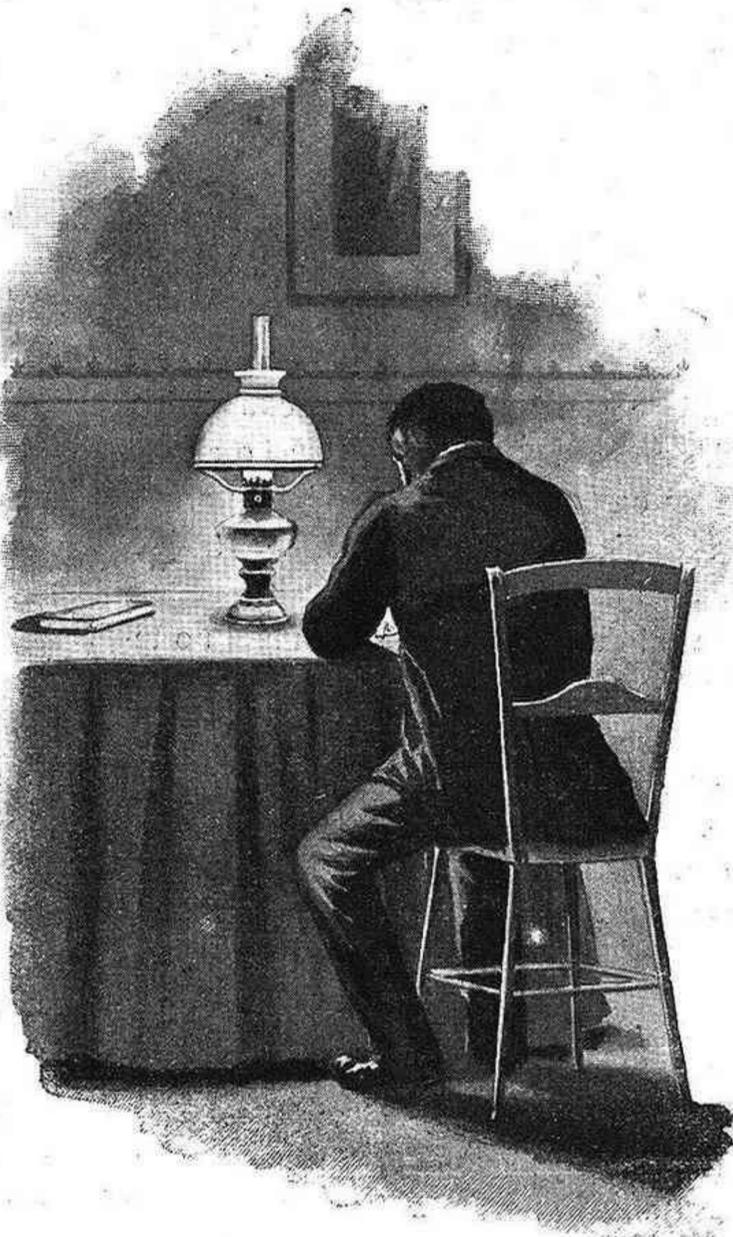
En aquel momento se sentía tranquilo, libre y salvado.

Un viento frío y seco, un viento helado azotaba su rostro, y él lo aspiraba ávidamente con la boca abierta, recibiendo con fruición su helada caricia. El cielo estaba rojo, de un color encendido, ardiente, y toda la blanca llanura relumbraba al resplandor de los primeros rayos del sol, como si estuviese salpicado de partículas de vidrio. Renordet, de pie y descubierto, contemplaba aquel vasto paisaje formado por las praderas; á la izquierda, y á la derecha por la villa, cuyas chimeneas empezaban á humear para la primera comida.

A sus pies veía correr el Brindille, contra cuyas rocas pensaba estrellarse. El hombre se sentía renacer en aquella hermosa y helada aurora lleno de fuerza y de vida.

(Se concluirá.)

(Ilustraciones de Pujol Hermann.)





## Soledad

**D**ICEN que las uvas de Chipre son muy ricas porque en las espléndidas mañanas de Oriente las baña el rocío salado de las costas.

*Soleá* la gitana, nacida en Cádiz, era tan rica como las uvas de Chipre, porque la mañana espléndida de su juventud la bañó la sal de las costas de Andalucía.

Solita en el mundo,  
sin pare ni mare,  
soy un pajarillo que cierra las alas  
y duerme en los árboles.

Así cantaba *Soleá* alguna vez, la canción que era el reflejo de su existencia. No tenía más querer que el de Paco el *tocaor*, con quien vivía; con quien vivía en una vida, vida de pasiones tan singulares, tan confusas, que pudiera decirse que eran una mezcla de instintos de la materia, y de anhelos del alma; algo así como el punto en que la hermandad acaba y la locura empieza.

Cinco años llevaba *Soleá* en el café. En el tablado era la reina, porque como ella no se encontraba *artista* mejor para electrizar al público, en las locas y sugestivas figuras del baile flamenco. Cuando *Soleá* descendía de aquel trono, no era la misma que había ejercido la majestad de la gracia y del donaire. Por compromiso aceptaba el sorbo de la caña que le ofrecía un parroquiano. La agradecía con una sonrisa, saludaba con un gracioso movimiento de manos, y desaparecía por una de las puertas que daban al interior del café. Allí, en el cuarto de descanso, frente á Paco el *tocaor*, dejaba caer de sus ojos lágrimas de pena, ó reflejaba en su rostro las impresiones de la tristeza más honda. Contábale su dolor; le decía que no estaba buena;

presagiaba una cosa muy mala, porque había tenido malos sueños. Su mal no tenía cura, por-

que lo tenía muy adentro. Era el mal del sentimiento que le oprimía el corazón y no la dejaba respirar.

Paco la acariciaba con solicitud de hermano; limpiaba sus lágrimas; llevaba á su espíritu los consuelos y las esperanzas, y le decía que se dejara de *se una nubecilla oscura en aquella tierra donde eresielo de la vía, es siempre limpio y así...*

Las *soleares* que aquella noche bailó la gitana quizá no las vean mejores los públicos de los cafés cantantes. El que asistía al *Café de la Estrella*, había llegado al delirio en el primer baile. Lo hizo repetir, y en el segundo rayó en la locura.

Eran los pies de *Soleá* pies que pisaban ligeramente, como los de una pajarita en el campo.

Su talle era un junco que se doblaba, se desdoblaba y se retorció, describiendo curvas continuas, productoras de incitantes deseos. Su rostro moreno, como el de una virgen bizantina, reflejaba una dulzura de expresión que aumentaba el brillo de sus ojos como el de dos luceros en noche oscura, y su pelo, ya despeinado de la agitación continua del baile, era como la oscura noche de los luceros.

Gritaba el público; piropeaba con ruidos de escándalo; *jaleaban* las otras mujeres del cuadro; palmoteaban al mismo tiempo; marcaba el *cantaor* en

el suelo con los golpes del bastón, el compás del baile; la guitarra, en manos de Paco, se quejaba de las penas y de los trabajos de aquella mujer, pero ahogaba sus quejas el brutal conjunto de voces, gritos, piropos, *jaleos*, golpes y palos. Culebreaba *Soleá* su cuerpo... centelleaban sus pupilas... repartía mieles la dulzura de su sonrisa... flotaba su cabellera en trenzas de hilos de azabache...

No pudo más. Se llevó las manos al pecho y retirándose al fondo del tablado se sentó en una silla.

Paco se levantó y fué á su lado.

*Soleá* tenía cárdeno el rostro, sin expresión la mirada, la boca llena de espuma. No latía el corazón. Se había roto la aneurisma.

El público, en el desenfreno

del entusiasmo, pedía más baile. Los artistas, ajenos á la tragedia, palmoteaban, cantaban, *jaleaban* y reían. Paco lloraba estrechando contra su pecho la cabeza de *Soleá*...

Hubo un momento en que el escándalo producía vértigo. Aquel escándalo llegó al cerebro de Paco sometido á la impresión de tan rudo golpe, y dejándose arrastrar por la ola violenta de aquel mar embravecido y salvaje, se separó del cadáver, cogió la guitarra, tocó las *soleares* otra vez, y sin dejar al *cantaor*, que *saliera*, entonó la copla sevillana que con más sentimiento cantada no se oyó nunca:

¡Mira qué bonita era!  
¡Se parecía á la Virgen  
de Consolación de Utrera!

ALFREDO CAZABÁN  
(Ilustraciones de Casanovas).



## La jota rasgueada

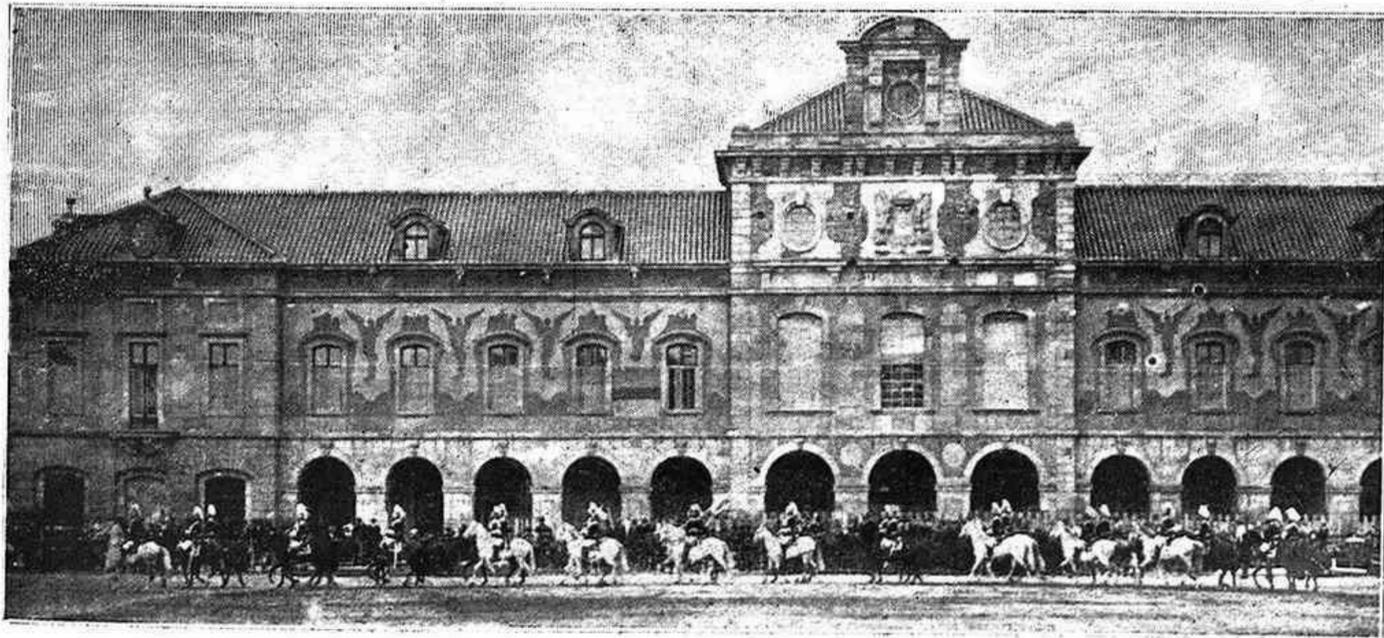
YA no viene, madre,  
ya no m'echa cantas  
d'aquellas tan dulces  
d'aquellas tan majas  
en que me decía  
que no me olvidaba  
con su voz tan fuerte,  
con su voz tan clara..  
Ya no ronda nunca  
frente á mi ventana,  
ni se oye en mi calle  
tañer la guitarra,  
ni s'ascucha aquella  
jótica rasgueada,  
que t'alegra el cuerpo,

que t'espierta el alma  
y que me paecía  
cuando la escuchaba  
que las campanicas  
á gloria tocaban.

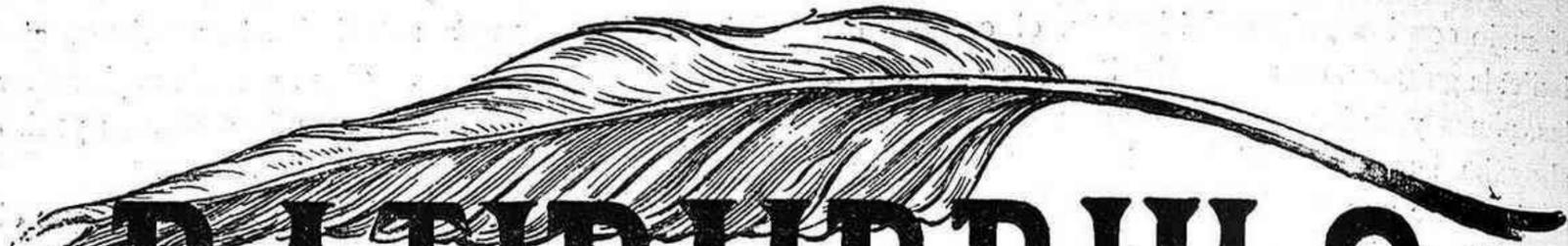
Ahora va con otra  
más rica y más guapa;  
de mí no s'acuerda  
ni l'importa miaja,  
ni hace dengún caso  
d'aquellas palabras  
con que me decía  
que no me engañaba.

Pa ella son las rondas,  
pa ella son las cantas,  
con su voz tan dulce  
con su voz tan clara,  
pa ella sólo toca  
la jota rasgueada,  
que t'alegra el cuerpo  
que t'espierta el alma  
y que agora, madre,  
sólo de escuchala  
me paice que á muerto  
doblan las campanas...

MARIANO BERDEJO CASAÑAL  
Zaragoza.



CONCURSO HÍPICO. DESFILE DE LA GUARDIA MUNICIPAL.— (Fot. de Ramos y Cobos.)



# BATIBURRILLO

## ACLARACIÓN

En el número 136 de nuestro semanario publicamos con el título de *Intuición*, una poesía que nos fué remitida por correo, bajo el nombre de M. Avermallí.

Pues bien: ahora resulta que este señor es todo un timador literario, por cuanto dicha composición es original del ingenioso escritor y querido amigo nuestro señor López Marín, á quien pedimos perdón por esta falta, en la que á PLUMA Y LÁPIZ le toca el papel de víctima.

¡Y qué satisfecho y orondo se habrá quedado el señor Avermallí!

¡Dios le conserve la originalidad!

\*  
\* \*

Gedeón se ha vuelto un hombre ordenado, y hasta avaricioso.

—¿Para quién haces tantas economías? —le pregunta su mujer.

—Para nuestros hijos.

—¿Y si no tenemos hijos?

—Entonces... para nuestros nietos.

\*  
\* \*

Habiendo llegado de su viaje á Madrid un inglés y olvidado sus navajas, se dirigió á la casa de un barbero, puso un par de pistolas á su lado, y dijo:

—Afeitadme; pero sabed que soy delicado de barba, y que si me hacéis sangre, os mato de un pistoletazo.

El barbero contestó:

—Bien, señor; sentaos.

—¡Qué! ¿no tenéis miedo á un pistoletazo?

—No, señor; porque en el caso de haceros sangre, concluiré cortándoos el pescuezo.

\*  
\* \*

Un avaro, que encontraba muy caro el precio que por su retrato al óleo se le pedía, dijo al pintor:

—¿Qué rebaja me hará usted poniendo yo el aceite?

\*  
\* \*

SOLUCIÓN Á LA FRASE HECHA DEL NÚMERO ANTERIOR

Miraflores.

## BIBLIOGRAFIA

Incansable en la producción de obras de todos los géneros literarios, hoy nos sorprende la casa editorial Maucci con la publicación de un curiosísimo libro de la baronesa de Wilson, tan ventajosamente conocida por sus talentos de escritora, del cual adelantamos un fragmento en uno de nuestros pasados números.

*El mundo literario americano*, que así se titula la obra, no es propiamente una antología de literatura de Hispano-América, es una excursión realizada por su autora á los países de que habla y una evocación del mundo literario en el que ha vivido y luchado. La enumeración y la presentación de poetas y prosadores, no está sujeta á un escantillón crítico irrebasable, porque entra en ella algo íntimo, algo más humano que da á este libro su mayor encanto y su mayor interés.

En suma, se trata de una obra amena, que es además una guía segurísima para el conocimiento del movimiento intelectual en las nuevas naciones americanas de origen latino.

De casi todos los prestigiosos literatos de que habla, se publica un retrato, con los detalles más salientes de su vida, y en los dos volúmenes, de numerosas páginas, presentados con verdadero esmero, encontrará el lector fragmentos escogidos en prosa y verso, comentados con la galanura que ya es conocida en la ilustre autora.

*El mundo literario americano*, se halla en venta en todas las librerías al precio de 4 pesetas los dos tomos.

\*  
\* \*

La casa editorial de Bayli-Bayllière, ha tenido la atención de remitirnos un precioso y acabadísimo mapa de España y Portugal que acaba de publicar y que ha de prestar indudables servicios por la perfección con que está trazado y lo completo de sus indicaciones.

\*  
\* \*

Nuestro estimado colaborador y amigo don Pascual Millán ha dado á luz, editado por la casa de don Alejandro Martínez, un lindo tomito titulado *Un drama del siglo XX*, que acredita la galanura de estilo de su autor tanto como su potente imaginación.

Damos al señor Millán nuestro parabién por el nuevo alarde de su ingenio.

## CORRESPONDENCIA

*A. B. C.*—Amigo mío muy desconocido: tengo el gusto de participarle, por si no lo sabía, que el valerse del anónimo para insultar ó censurar ó sencillamente advertir defectos ó procurar beneficios, es cobarde, indigno y no merece la menor atención por parte de las personas que se precian de caballeros y de correctas. He dicho.

*Lucas Gómez.*—Sí, señor. ¡Lucas Gómez!

*Amaranto.*—Venga la firma.

*Timoteo.*—Efectivamente: eso es un timo. Pero vayamos á cuentas: ¿qué provecho sacan ustedes de robar de esa manera si al fin y al cabo siempre se descubre el hurto?

*L. Gante.*—No puede ser.

*Rosario.*—Idem de lienzo y... usted perdone, señorita.

*Calígula.*—¡Ca, hombre! Percebe y gracias.

F. Giró, impresor. — Calle Valencia, 233, Barcelona.